

**Querido lector:**

**Bienvenido de nuevo a Muriath. Ha pasado ya un tiempo desde nuestro último encuentro en la tercera parte de *El despertar de Osharan*.**

**En *La sangre maldita...***

Kishur toma la difícil decisión de ignorar la llamada de Alviat, que lo ayudaría a recuperar la corona, para ir a la morada del Dragón, no solo porque Osharan se lo haya pedido, sino también porque piensa que el lago que une Muriath y Asthaluss, el legendario Lashsvaeg, se encuentra allí y cree que podrá poner a salvo a Alhanna de vuelta en su mundo. Pero el camino no está exento de peligros, pues la propia muerte parece perseguirlos. Kishur descubre que el demonio encapuchado que habla por el Dragón es el gemelo de Trivaz y pronto se da cuenta de que este es mucho más despiadado que su hermano. El estado de Kishur empeora, la flecha envenenada que recibió a cambio de salvar a Shudei amenaza su vida.

Alhanna está dispuesta a ir al lado inmortal para evitar que Kishur sufra por ella. Una vez en la morada, descubre cuál es la verdadera intención del dárlico y, aunque trata de resistirse, acaba entrando sola en busca del Lashvaeg. Pero al sumergirse en el agua, descubre que Kishur ha errado y que es un simple lago. Una terrible sorpresa la aguarda allí dentro: Osharan aparece frente a ella.

Al otro lado de las puertas, Kishur se derrumba ya moribundo y los dárlicos se apresuran a buscar un lugar apacible en el que pueda descansar. Mientras tanto, Alhanna ha intentado salir de la morada y ha acabado encontrándose con Trivaz, quien la lleva junto a Kishur. Este logra ponerse en pie con su último aliento y combate contra Trivaz. Cuando el dárlico va a usar la Canción contra él, tiene una visión de su vida como Raehlan que lo distrae.

Osharan aparece en ese instante y cura al dárlico del veneno, permitiéndole además quedarse junto a Alhanna.

Buscan refugio en un pueblo humano, pero su viaje se dificulta aún más por culpa del general Gastor, quien ha enviado misivas para destapar la identidad de Kishur y buscar a Alhanna. El grupo abandona la aldea solo para acabar en una trampa ideada por los Olvidados en la que mueren los comerciantes de Cimeag y también Alfar. Kishur enloquece tras la muerte de su hermano y se deja arrastrar por la enfermedad de la sangre maldita. Los dárlicos se separan entonces y Trivaz arrastra a Alhanna al lado inmortal. Tan solo Ghiro permanece junto a su señor.

Antes de eso, Quiazz se recupera en Cimeag con la ayuda de algunos hombres, en especial, la de Pradam. Cuando estos parten de viaje hacia Sílfhades debido a las tensiones entre dárlicos y humanos, el joven se marcha con ellos con la intención de volver a Marial-Pat. Durante el viaje se enfrenta a sus miedos y pesadillas, y se contagia del cariño que le ofrece la familia de Pradam y el resto de comerciantes. Pero el anciano Castar sufre un desafortunado accidente que detiene la carava en el Bontar y Quiazz toma la decisión de continuar solo. Se adentra en tierras de Alviat y tiene un desagradable encuentro con una patrulla de escáreas. Ádria y Mayara, que habían ido tras él, lo salvan y Quiazz logra huir. A cambio, los hajaeks son arrestados.

Kishur emprende una sanguinaria venganza en busca de los asesinos de Alfar y acaba con la vida de muchos mercenarios. Las sabias palabras de Ghiro consiguen que recapacite y vaya al hogar del que fuera su maestro: el Orfebre. Allí se somete a una dolorosa recuperación a la vez que acepta ser la reencarnación de Raelhlan-Tae. Trivaz visita al Orfebre para advertirle de una amenaza en el Vacío y para pedirle que vaya a investigar, pues es el único con suficiente poder para ello. Antes de que Kishur se marche, el Orfebre promete traer de vuelta a Alhanna y le cuenta que sus hajaeks son prisioneros en Alviat. El dárlico decide partir de inmediato para salvarlos.

Alviat se tensiona cada vez más, sobre todo con la llegada de los runnenses. Borat oculta a quien le es leal para así poder conocer a los enemigos de Kishur y estar preparado para su regreso. Litzzia, la prometida de Kishur, vuelve a la ciudad tras quince ágaras, las mismas que él lleva fuera. Ante la ausencia del dáríco, su compromiso se rompe.

El viaje de Quiazz concluye en una alejada aldea. Es engañado por una chica a la que debe matar para salvarse, hecho que le causa un gran pesar. Los compañeros de ella intentan ahorcarlo, pero Gaelos lo impide. La diosa lo conduce a Marial-Pat a través de una brecha y Quiazz se reencuentra allí con Gastor.

El día que van a ejecutar a Mayara y Ádria, Alhanna aparece en la sala del trono acompañada del Orfebre. La presencia de la joven genera una gran conmoción. Cuando Litzzia se ofrece a llevarla junto al Qad'has, Alhanna la sigue sin dudar. Se acerca al árbol, pero las flores la rodean para devorar su lanfe. Es Osharan quien la salva al hacer acto de presencia. Los hajaeks que vigilan el recinto donde se encuentra el Qad'has atacan a Alhanna y ella se deja llevar por su rabia, lo que provoca un gran caos en la ciudad.

Cuando Kishur y Ghiro llegan a Alviat, contemplan consternados cómo las llamas provocadas por Alhana engullen varios edificios. Trivaz los alcanza con el mensaje de Osharan de que Kishur debe darse la vuelta. A cambio, el dáríco le pide que saque de allí a Alhanna y a sus hajaeks. Sin embargo, ellos dos ya han escapado de la cárcel, momento que Ádria aprovecha para confesarle su amor a la dáríca. El uso de la endomia de Alhanna atrae al ejército del general Jael, uno de los demonios más poderosos. No se enfrentan a ellos solos, porque varios grupos de soldados que salen de la ciudad para perseguir a Ádria y Mayara se unen al dáríco gris. Los dos hajaeks caen ante los demonios, ambos heridos de gravedad. Es Kishur quien logra poner fin a la lucha al derrotar a la mayoría de sus enemigos. Pero antes de poder reunirse con sus hajaeks y con Alhanna, acude a su encuentro el mismo Jael con la intención de darle muerte.

Como Kishur intuye que Osharan va a exigirle un gran sacrificio, le pide que salve la vida de Ádria y Mayara a cambio, y este lo hace, pero solo mientras estén al servicio del dárlico. Una vez ha acabado todo, Trivaz le comunica a Kishur que Osharan lo requiere para luchar en su nombre como su nuevo Guerrero, y que deberá acudir al Vacío para enfrentarse a los seres que devoran el mundo venidero y ponen en peligro Muriath.

Alhanna descubre con gran estupor la verdad sobre su llegada a Muriath. Y es que murió cuando la espada atravesó su vientre y el cuerpo que posee es solo una fuente de energía sellada por el tatuaje por Asthaluss.

Por último, el Orfebre arrastra a Kishur a través de los sueños para comunicarle que va a unirse a los devoradores del mundo venidero.

## PREFACIO

**E**l cielo estaba cubierto por oscuras nubes que los relámpagos atravesaban formando telarañas brillantes. El desgarrador aullido de los truenos reverberaba en el valle desolado. Ya no quedaba vegetación y ninguna forma de vida podía sobrevivir a tanta podredumbre. La torre se alzaba en la tierra yerma; Zahel parecía burlarse de todos ellos.

Raehlan empuñaba su espada. Oía las respiraciones entrecortadas de los soldados dárlicos y zarefíes junto a los que luchaba, y sentía a su alrededor la presencia de su mayor aliado, Edgar. No necesitaba buscarlo con la mirada para saber el lugar exacto en el que el rey de los zarefíes se encontraba. Los kalastys lanzaron un nuevo grito de guerra. Raehlan miró a su descendiente, Carlan, quien se mantenía estoico a pesar del agotamiento.

No era capaz de recordar cuánto llevaban combatiendo, ya que la torre parecía engullirlos con un hambre voraz que les hacía perder la noción del tiempo. Raehlan no fue consciente del momento en que lo acorralaron contra el muro de la torre, que nunca antes había tenido tan cerca. Se estremeció al percibir la maldad que desprendía aquel lugar, la ruina que sus entrañas ocultaban. Los dos kalastys que luchaban contra él se apartaron de súbito, gritando con desesperación, y tapando sus oídos con las manos. Zahel siempre hablaba a los soldados incautos, los manipulaba y contaminaba sus mentes. Eran ya muchos los que se habían dejado arrastrar por la locura.

Entonces, una puerta apareció frente a sus ojos y Raehlan estuvo a punto de soltar la espada, impresionado. La lucha se

detuvo al instante y el dárlico acaparó todas las miradas. ¿Habían caído los sellos de la torre? Una voz cantarina lo invitó a pasar y, sin meditar lo que hacía, Raehlan atravesó el umbral. La puerta se cerró tras él y el dárlico giró sobre sus pies, contemplando así el interior de Zahel. Las escaleras ascendían para dar acceso a media docena de plantas, y las paredes de piedra estaban cubiertas de moho y manchas ennegrecidas que el tiempo había dejado impresas. Sangre. Sus botas hicieron eco al caminar. En un rincón descansaban casi un centenar de calaveras sobre un montón de huesos destrozados. En el pasado, Khalaria había acabado con la vida de los habitantes de Zahel y había descuartizado sus cuerpos.

Raehlan dirigió la mirada hacia la escalera con intención de subir y fue cuando vio a una niña que lo observaba con una cálida sonrisa. Le sorprendió su carita redonda y tierna, la dulzura que reflejaban sus ojos de color violeta. Su largo cabello era oscuro como la noche, y llevaba un vestido gris.

—Te reconozco. Eres el elegido del Dragón Negro. —Su voz sonó risueña—. Te veo siempre a través de las ventanas. ¿Por qué luchas tanto?

—Llevo muchas ágaras protegiendo este lugar de aquellos que quieren profanarlo para obtener el poder que oculta. Fue el Dios Dragón quien lo encerró aquí, y no permitiré que se apoderen de él mientras este duerme. —Raehlan decidió envainar su espada al no sentir a la niña como una amenaza—. Siempre había creído que la torre estaba deshabitada. Deduzco que no eres mortal, ¿vigilas este sitio?

—No. Estoy encerrada. —Sonrió sin despegar los labios.

A Raehlan se le puso la piel de gallina al oírlo. ¿Encerrada?

—Hasta hoy, nunca habíamos vislumbrado la puerta. ¿Significa eso que la torre va a quedar abierta a partir de ahora? —Quería saber cómo había aparecido la entrada.

—La torre solo se abrirá cuando los sellos que inundan el valle caigan. Y solo lo harán cuando la llave derrame su sangre. Tú has

podido entrar porque eres el elegido del Dragón, pero nadie más lo logrará. —La niña se acarició el cabello con sus finos dedos—. La guerra que has librado me agrada, la sangre es bonita. Pero es inútil.

—¿De qué llave hablas? Nosotros luchábamos para que no logran derribar los sellos, para mantener Zahel cerrada. —Raehlan notaba el sudor descender por su nuca.

—Un ser nacerá por medio del dolor, la sangre y la muerte. Portará en su interior la marca de Zahel. Será la llave y podrá abrir esta torre para liberar su poder.

Raehlan tuvo que plantar los pies con fuerza, y sintió que el suelo temblaba. Pensó en todos aquellos endómicos que habían perecido intentando derribar los monolitos, en la devastación de Falar-Shan, ahora un lugar inhóspito, en las ágaras de combate interminable, en los muertos. Un profundo dolor atravesó su pecho. ¿Todo había sido en vano? Mientras no naciera esa llave, ¿nada abriría Zahel?

—Entonces, nos engañaron para librar esta guerra, para devastar la tierra en la que se alza Zahel. Nos hicieron creer que los sellos podían derribarse. Y supongo que tú debes saber cómo se inició todo —Raehlan habló con pesar—. Yo lo ignoro, acudí a la llamada de auxilio de los zarefíes cuando los kalastys comenzaron a arrasar Falar-Shan.

—A veces puedo cantar en las mentes de otros y revelarles secretos. Fui yo quien lo inició, quien hizo creer a kalastys y zarefíes que la torre podía abrirse. Que serían capaces de controlar el mundo con el antiguo poder. —La niña soltó otra risita entusiasta al ver el rostro conmocionado del dárico—. Me sentía sola. Y sabía que tarde o temprano acudirías. Quería verte, pero has tardado mucho en acercarte a mí. —Entonces se puso muy seria—. Deseo conocer el sabor de tu carne, dárico gris.

Raehlan dio un paso atrás. La carita de porcelana de la niña perdió la dulzura y su boca se ensanchó en una siniestra sonrisa. Poseía dos hileras de afilados colmillos. La criatura se lanzó hacia el

cuello del dárico con un ágil salto. El monarca se protegió con el antebrazo y los colmillos de la niña arañaron el metal de la armadura que lo cubría. Se movió con tal rapidez que le impidió desenvainar la espada a tiempo. Mordió a Raehlan en el muslo derecho. Este logró apartarla de una patada y la niña se agazapó igual que un felino y se lamió la sangre que le caía por la boca con una lengua larga y afilada.

—Es deliciosa —murmuró—. Devoraré hasta tus huesos, engulliré tu lanfe.

Raehlan comenzó a retroceder mientras aquella cosa se le acercaba, moviéndose de forma antinatural. Extrajo el arma y la empuñó con vehemencia. Llegó hasta la pared y percibió cómo la roca se deshacía a su espalda para convertirse de nuevo en una puerta. La atravesó mientras la niña gritaba con todas sus fuerzas, rabiosa y hambrienta.

Durante un instante, se sintió perdido y fue incapaz de comprender lo que sucedía a su alrededor. La lucha allí fuera parecía haberse detenido; sus hajaeks habían arrojado las armas al suelo y los zarefies los rodeaban, amenazantes. Sus aliados acababan de traicionarlo. Edgar tenía a Carlan arrodillado frente a él y presionaba un cuchillo contra su cuello. Raehlan dejó de respirar y la mano que aferraba la espada tembló. No comprendía las intenciones de Edgar: el dárico había luchado junto al zarefí largo tiempo, lo consideraba un hermano.

—¿Por qué haces esto? ¿Dónde ha quedado tu honor? —preguntó.

—El honor ha destruido cientos de familias. Si he de seguir luchando deseo que sea por la obtención de un poder que lo recompense. Si no somos nosotros, otros se acabarán haciendo con lo que Zahel oculta. Solo es cuestión de tiempo. —Las palabras de Edgar no parecían suyas—. ¿Cómo has entrado en la torre?

—Zahel te ha corrompido, igual que a muchos otros —se lamentó el dárico.

—¡Habla! Podemos conseguir el poder, Raehlan, ¿no lo ves?

Raehlan supo con certeza que Edgar no atendería a razones, que no creería lo que acababa de descubrir sobre la llave de Zahel. La mirada del zarefí estaba empañada por la maldad de la torre. Este presionó el cuchillo contra el cuello de Carlan y un hilillo de sangre descendió por su piel. Carlan no mostraba temor alguno, estaba resuelto a morir si era necesario.

—Si no me das lo que quiero, te quitaré lo que más amas —lo amenazó Edgar.

—Toma mi vida, si eso te complace. Pero alejémonos de la torre, te lo explicaré todo cuando Zahel deje de envenenar tu mente. —Raehlan tiró la espada al suelo y levantó un poco los brazos—. Confía en mí, amigo mío.

—Eres un necio.

Edgar trazó un profundo tajo en el cuello de Carlan y la sangre salió a borbotones. Lo mantuvo sujeto del pelo el tiempo suficiente para que Raehlan contemplara a su descendiente mientras moría. Luego lo soltó, y el joven se desplomó sin vida. El dárico bajó los brazos despacio, sin apartar la vista de Carlan mientras el aire se convertía en hielo dentro de sus pulmones. Sintió que algo le oprimía el corazón al mismo tiempo que las lágrimas, cálidas, comenzaban a correr libres. Con mano temblorosa aferró de nuevo la empuñadura de su espada.

Bramó furioso y el eco de su grito recorrió el valle.

Apenas un instante después, el clamor de los quinientos ha-jaeks que aguardaban ocultos entre los riscos, y que acudían ahora en su ayuda, asustó a los zarefíes. Raehlan oyó la risa de la niña, que se burlaba de su dolor. La rabia y el rencor oscurecieron su corazón, resuelto a tomar venganza. Alzó su arma: no despediría a Carlan hasta haberle arrebatado la vida al rey de los zarefíes. Edgar se dispuso para la lucha y ambos monarcas se abalanzaron el uno contra el otro. La batalla entre las dos razas aliadas comenzó cuando las espadas se encontraron, y fue más cruel y violenta que aquella que habían librado contra los kalastys. Raehlan relegó a un rincón de su mente toda compasión hacia su amigo.

El dáríco era más veloz y diestro que el zarefí y la visión le ayudaba a prever los movimientos de Edgar. Raehlan derribó a su oponente y le hizo perder la espada. Este rodó por el suelo y, antes de incorporarse, logró recuperar el arma y huir de allí dando empujones a sus propios soldados. Raehlan fue tras él; no lo dejaría escapar.

Ambos se alejaron de la contienda, de las voces entrecortadas, de los alaridos de dolor, del chocar de metales y del olor a sangre y vísceras. Edgar se detuvo nada más alcanzar los primeros monolitos que formaban el sello y se volvió hacia Raehlan lentamente. Se acariciaba las sienes y su rostro mostraba un tormento inimaginable.

—¿Qué he hecho? —dejó caer la espada y levantó la mirada ensombrecida hacia el dáríco. Fue como si acabara de quitarse una venda de los ojos y comprendiera de golpe la realidad de sus actos— ¿En qué momento caí preso de la locura de Zahel? He asesinado a tu descendiente...

—Y vas a morir por ello —sentenció Raehlan, acortando la distancia—. La torre ha influido en ti, pero solo para avivar la llama de la traición que ya existía en tu mente.

Edgar negó con la cabeza y se dejó caer de rodillas.

—Lo lamento, Raehlan. Pero recuerda que he sido yo quien te ha arrebatado a Carlan. Mis soldados merecen tu perdón. —Edgar le sostuvo la mirada.

—No habrá perdón para ningún zarefí —sentenció el monarca con rabia.

Raehlan alzó la espada a la altura del cuello de Edgar y con un veloz movimiento le cercenó la cabeza. Mantuvo el mango aferrado con fuerza mientras la sangre emanaba del cuerpo del zarefí. Desvió la mirada hacia la torre de Zahel y maldijo aquel horrible lugar que acababa de arrebatarse tanto a su descendiente como a su amigo.

Zahel volvía a alimentarse de sangre y de muerte una vez más.

# Primera parte



## Ehogan

El agua del río estaba helada. Kishur se mojó el rostro y el cabello, y una reconfortante sensación de limpieza lo invadió. Había despertado con la frente perlada en sudor; los sueños lo habían atormentado toda la noche. O mejor dicho, los recuerdos. El dolor por la muerte de Carlan persistía en su memoria y se mezclaba con el que sentía por la pérdida de Alfar. Sabía que ellos no eran los únicos que le habían sido arrebatados, pues en cada una de sus vidas había cometido el error de tener descendencia.

Esperaba que esta fuera su última reencarnación y que el Dragón le permitiera ir al mundo venidero. Deseaba reunirse con todos aquellos a los que había amado.

Llevaban un par de semanas avanzando a pie, aprovechando al máximo las horas de luz. Ya habían dejado atrás los territorios de Alviat. Al principio pensó que enviarían soldados tras ellos para arrestarlos, pero supuso que los cuerpos de los demonios y de todos los dáricos mantendrían ocupados a Borat y al consejo de ancianos. También a su padre, pues ahora volvía a gobernar.

La noticia de que Sorastalez portaba de nuevo la corona le preocupaba, pero debía recordarse que ese asunto ya no le concernía. Ghiro tenía razón: Osharan había reclamado su vida y todo lo demás dejaba de importar. Lo que más le pesaba en el corazón era que habían prometido a Litzzia con su padre, y se culpaba por ello, por haberla abandonado.

«Intentó matar a Alhanna», se recordó con amargura. De pronto añoró tener la pequeña caja de plata entre las manos, aunque ahora poseyera la de bronce gracias a Alhanna. Ni siquiera se

había atrevido a abrirla para comprobar si el colgante seguía allí. Guardaba la necia esperanza de que Litzzia lo conservara.

Le preocupaba Alhanna, quien pasaba los días taciturna. A pesar de haber aceptado su muerte en Asthaluss, seguía conmocionada por el descubrimiento. Kishur había intentado hablar con ella, pero la joven se negaba a mencionar el tema. En ocasiones, el dárico gris se sorprendía a sí mismo observando a Alhanna con miedo de verla desaparecer frente a sus ojos.

«A veces me siento como si fuera un espejismo. Me atemoriza no ser real», le había confesado la joven tiempo atrás.

Se pasó la mano por el pelo húmedo y alzó la mirada al cielo. ¿Qué otros secretos les quedaban por desentrañar?

No tenía noticias del Dragón, y se preguntaba si de verdad lo acompañaría en su viaje hacia las Avíseas. Quería que luchara en su nombre y el dárico no sabía si estaría a la altura. Enfrentarse a inmortales con la única ayuda de su espada le parecía algo imposible. Había tenido tiempo para pensar en las palabras emitidas por Jeaglar en aquel sueño compartido. Estaba convencido de que ninguna había sido pronunciada al azar. Gracias a eso, Kishur sospechaba quiénes eran los devoradores del mundo venidero a los que su antiguo maestro había decidido unirse: los seres Olvidados. Sus hermanos, aquellos a los que el Dragón había abandonado. Era lógico que Osharan fuera incapaz de percibirlos. De momento, guardaría el secreto hasta estar seguro de ello.

Desvió la mirada hacia el campamento. Ghiro lo observaba con atención desde la arboleda. Aquel mismo día, mientras Trivaz le comunicaba la petición de Osharan, el anciano había aprovechado su ausencia para revelar a los hajaeks que era la reencarnación de Raehlan-Tae. Recordó la forma en que Ádria y Mayara se arrodillaron a sus pies cuando regresó, sin importarles haber estado a punto de morir momentos antes.

Ádria apareció por el flanco izquierdo y caminó hacia él. Kishur se alegraba de verlo recuperado, había necesitado un poco más de tiempo que Mayara.

—Mi señor. —Ádria inclinó la cabeza levemente—. ¿Queríais hablarme a solas?

El hajaek llevaba el cabello negro recogido en una cola. Su prominente nariz resaltaba en el afilado rostro. Había perdido peso durante sus días de cautiverio.

—Hay algo de lo que deseo hablarte. No pretendía ataros a mí cuando le pedí al Dragón que os salvara la vida —comenzó a decir Kishur—. Al final, solo os concedió tiempo. Ya sé que no temes a la muerte y que serías capaz de seguirme hasta el fin del mundo, pero me preocupa que hayas perdido lo más importante para ti.

—No os entiendo. —El rostro de Ádria reflejaba una gran confusión.

—Dejaste que los escáreas os apresaran para salvar a ese chico llamado Quiazz, y ahora deberías tener la oportunidad de ir en su busca. Sin embargo, al hacerlo tu servicio conmigo acabaría. —Dejó la vista perdida en las aguas cristalinas del río—. Me temo que no podrás emprender tu propio camino.

—De cualquier forma, eso ya no era una opción. Iba a morir —le recordó Ádria.

El gesto desconcertado del hajaek le resultó divertido. Kishur pensó si haber estado tan cerca de la muerte lo habría cambiado de algún modo. Miró hacia los demás, que estaban listos para partir.

—Ghiro ya ha escogido la ruta hacia las Avíseas. La mejor opción es tomar un barco en Sílfhades —mencionó Kishur. Ádria lo observó con curiosidad, expectante—. Pasaremos por Marial-Pat, donde tendremos que detenernos para pagar el pase. Podrías aprovechar ese momento para buscar al joven.

—Lo pensaré. —La idea pareció agradarle, al menos, durante un breve instante—. Aunque puede que no lograra alcanzar la ciudad y continúe perdido por ahí.

Kishur percibió la preocupación del hajaek, pero no dijo nada más. También tenían que conseguir ropas nuevas y algunas armas, aunque las armaduras que habían perdido fueran irremplazables. Deberían encontrar protecciones que les sirvieran como reempla-

zo. Su misión era luchar contra seres inmortales y no podían hacerlo tal y como estaban. Sin el apoyo de Alviat no tendría con qué pagar, pero aún conservaban el pase de la familia Hal, puesto que Shudei no lo aceptó cuando intentó devolvérselo. Les habría venido bien su espada en ese viaje, Shudei había sido un gran guerrero. También habrían agradecido la ayuda de Tottem y su maestría con el arco, y de Alfar, que siempre los cubría en la lucha.

Kishur se preguntó a cuántos más perdería antes de llegar a las Avíseas. ¿Y una vez allí? El rostro de Carlan mientras el rey de los zarefíes le cortaba la garganta acudió de golpe a su mente. Cerró los ojos y tomó aire muy despacio. Comenzaba a aceptar todo lo que había perdido o le habían arrebatado. Pero eso no aliviaba su dolor.

Debían partir para no perder más horas de luz. Oyeron entonces el sonido de los cascos de varios animales y sus vigorosos relinchos. ¿Sería una patrulla? Alcanzaron a verlos antes de que abandonaran la espesura. Kishur no daba crédito: eran los vargums que habían dejado en Górgora tanto tiempo atrás. Estaban solos, preparados con las sillas de montar. Los hajaeks y Ghiro fueron hacia ellos sin poder contener su alegría.

Alhanna miró a Kishur con una amplia sonrisa. Entonces, el dáríco fijó sus ojos en la que había sido la montura de Alfar. Se llamaba Cantarín; nunca entendió por qué razón el joven le había dado semejante nombre, pero le gustaba. Sin darse cuenta, aferró la esfera de cristal que llevaba al cuello, hecha con las cenizas de su hermano. Kishur le había entregado a Cantarín como regalo unos días antes de partir en su misión.

Fue hacia el animal y le acarició el lomo de pelaje espeso y castaño. El vargum relinchó y dio varios pasos atrás. Kishur se le acercó de nuevo, muy despacio.

—Lo sé, querías encontrarte con Alfar —murmuró rozando la cabeza del animal con las yemas de los dedos—. Me temo que ya no está. Pero yo sigo aquí.

Logró poner la mano en la cabeza de Cantarín y comenzó a acariciarlo. Recordó de pronto a Alfar, cepillándolo mientras le hablaba en voz baja. Kishur cogió las riendas, puso un pie en el estribo y montó.

Le sorprendió ver a Alhanna sobre la montura de Tottem; parecía contenta. Él lo estaba, desde luego, al igual que los demás: recuperar a compañeros perdidos siempre era motivo de regocijo. Lamentaba no tener a Ceara a su lado, pero se conformaba con la certeza de que estaba en el mundo venidero. Quizás Alfar fuera ahora su jinete.

Pensar en el mundo venidero le hizo recordar a los devoradores que se alimentaban de él, encerrados en el Vacío con la intención de consumirlo junto con la Jistar. Su mirada se ensombreció. Debía detenerlos como fuera, su crimen contra Muriath era abominable y no podía quedar sin castigo.

—¡Han regresado! ¿Cómo es esto posible? —preguntó Ghiro, trotando hasta él.

—Le comenté a Trivaz que necesitaríamos vargums y el Dragón me mostró a los que habíamos dejado en Górgora como respuesta. —La explicación dejó perplejo al anciano—. Algunas veces se comunica con ideas que traslada mediante visiones.

Ghiro lo observó emocionado. Tras aceptar la verdadera identidad de Kishur, todos se comportaban ahora con una relativa normalidad hacia él, aunque en ocasiones podía ver devoción en sus ojos. Esperaba que no se les ocurriera llamarlo Raehlan. Pensar en ese nombre se le antojaba extraño. En realidad, oírlo en boca de otros siempre le había provocado una sensación de añoranza. Al menos, ahora conocía la razón.

Ordenó que soltaran a los dos caballos; cargarían lo poco que llevaban en el de Eltsay. Ghiro se hizo cargo de las riendas del animal. Kishur iba a dar la orden de partir cuando un escalofrío recorrió su columna vertebral. Su pulso se aceleró sin que pudiera controlarlo y su visión lo alertó de una ominosa presencia a su alrededor. Los otros también lo percibieron, incluidos Alhanna y

Ghiro. Una sombra se alargó en su dirección y después se contrajo de repente, sin darles tiempo a reconocer la silueta. Apenas un instante después, un nuevo vargum abandonó el paraje espeso del bosque. Tenía el pelaje oscuro. Sobre su grupa, sin ensillar, cabalgaba Osharan.

Kishur se sorprendió ante esa imagen: parecía un simple dárlico. Iba vestido como él, pero no llevaba capa ni armas. Pocos habrían adivinado que se trataba del Dios Dragón. Pero el tenue brillo rojizo en sus ojos y el aura salvaje que lo envolvía eran imposibles de ocultar. Sus rasgos no mostraban signos de vejez, aunque al contemplarlo detenidamente Kishur apreciaba en él una madurez reposada, una sabiduría infinita oculta en sus ojos.

Con la llegada de Osharan, los hajaeks parecían haberse convertido en estatuas, incapaces de apartar la mirada de él. Ghiro había palidecido notablemente y sus ojos brillaban con la emoción contenida de quien ve infinitas leyendas cobrar vida. Kishur reparó entonces en la mirada fugaz del Dragón sobre Alhanna, y en como ella giraba la cabeza para esquivarla, furiosa. Era lógico que la joven estuviera enfadada, al fin y al cabo, Osharan había tratado de separarlos para luego encerrarla en el lado inmortal durante semanas. La última conversación con ella tras convertirse en el nuevo Guerrero preocupaba al dárlico, pues temía que Alhanna acabara abandonándolo.

Osharan no pronunció palabra y se limitó a observar al dárlico con atención. Kishur intentó comportarse con normalidad, aunque no podía negar que le resultaba difícil. Trató de imaginar al Dragón como alguien corriente, como cualquier otro compañero que se les acabara de unir, como en su momento habían sido los hermanos Hal.

Pero engañarse era inútil: no iba a resultar nada sencillo.

Alhanna decidió no mostrar su disconformidad por la presencia de Osharan, pues ya sabía que nada de lo que dijera persuadiría al dárlico de rechazar su misión. Y ella tenía sus propios conflictos.

No era capaz de superar los últimos acontecimientos. Cada vez que Kishur reparaba en ella trataba de sonreír para no preocuparlo, pero lo cierto era que la joven se debatía en un mar de dudas desde que había descubierto su propia muerte en Asthaluss. Si solo era un ser hecho de lanfe, ¿cuánto tiempo lograría mantener esa forma? ¿El sello impreso en su piel perduraría para siempre o podía desaparecer?

Pensar en ello la atormentaba. Desde su llegada a Muriath siempre había sentido que algo no encajaba en ella, no del todo. Pero jamás imaginó algo semejante.

Se sentía furiosa. Y lo peor de todo era que no tenía a quién culpar de sus desgracias, a quién atacar de forma directa para tomar venganza. ¿Asthaluss? ¿Osharan? Deseaba arrancarle los ojos a ese maldito ser que ahora viajaba con ellos. No solo por su destino, si no por haber condenado la existencia de Kishur. Volvió la vista hacia el Dragón y dio un respingo cuando sus miradas coincidieron. Sintió una tormenta en su interior.

—Alhanna —la llamó el dárlico para captar su atención— ¿Qué sucede?

—¿Por qué yo de entre todos los humanos? ¿Por qué fui elegida para buscar al Juez de Asthaluss y Muriath? —La joven no pudo ocultar su rabia frente a Kishur— ¿Y por qué debo tomar el antiguo poder? Yo, de entre millones de personas...

El dárlico no tenía la respuesta y ella lo sabía, pero necesitaba conocer la verdad. No creía que fuera una coincidencia que le hubieran designado ambos papeles, debían estar conectados de alguna forma. Quizá no fuera tan terrible que Osharan estuviera con ellos, pues él podía ofrecerle la verdad. Pero para ello, debería continuar junto al dárlico un poco más, aunque le doliera profundamente verlo luchar en nombre del Dragón.

Maldijo a Osharan con todas sus fuerzas por manejar de ese modo sus vidas.

## Marial-Pat

El jardín era un lugar distinto al que recordaba y otras flores crecían entre las rosas de cristal que su padre había plantado en honor a Salay tanto tiempo atrás. A Quiazz siempre le habían gustado, las consideraba un símbolo de su madre, de esa mujer a la que nunca había llegado a conocer y por la que Zaraen llegó a sentir tanto amor. Era incapaz de pensar en la noche en la que Nactam le rebanó el cuello a su padre sin que sus piernas flaquearan. Se miró la mano retorcida que ocultaba con un guante negro de piel hecho a medida. No podía encoger ni estirar los dedos, tenía los huesos machacados.

El otoño avanzaba con calma. Quiazz se había puesto una camisa de manga larga, suave y cálida, que ocultaba las cicatrices de su cuerpo. No era capaz de reconocerse en el reflejo que le devolvía el espejo cada mañana, pero se acostumbraría a él.

Tomó la taza de té que su mayordomo le había dejado en una bandeja y bebió un sorbo. Como si fuera un extraño, revisó su habitación y sintió que aquel lugar no le pertenecía a pesar de llevar su nombre. La cama estaba intacta porque había dormido encogido bajo el limonero del patio. De pronto, la ciudad y toda la gente que en ella habitaba lo atosigaban, se sentía como un preso. Incluso aquel silencio que arraigaba en su habitación entrada la noche le parecía extraño.

A veces, la siniestra canción de la niña retumbaba en su cabeza. Hablaba de un señor de la muerte. Estaba convencido de que era una llamada, pero también que estaría loco si fuera a la torre por su propio pie. Trivaz le había preguntado si oía una voz en su

mente o si tenía visiones. En aquel momento no supo de qué le hablaba. Todo eso lo conducía a la endémica, a quien no podía olvidar. La reconoció nada más verla en la posada de Cimeag. Se frotó la nuca con cansancio, deseaba apartar todo aquello de sus pensamientos.

Fue hacia la mesa, sobre la que se amontonaban varias carpetas de piel con papeles. Acarició una de las cubiertas, no podía creer que su padre le hubiera legado todas sus posesiones. A los pocos días de su regreso, un juez, antiguo miembro del consejo de ancianos, dio a conocer el testamento de Zaraen: se lo dejaba todo a Quiazz. Su familia paterna intentó impugnarlo de inmediato, alegando que ellos eran los legítimos herederos. Después de todo, Quiazz continuaba siendo un bastardo.

Se había desentendido del asunto, si tenía que abandonar esa casa lo haría.

El viejo mayordomo entró en la habitación sin llamar, con una bandeja pequeña y una hoja de papel sobre ella. Quiazz lo observó extrañado.

—Me sorprende que sigas aquí —le confió el joven mientras tomaba asiento, aún con la taza en la mano—. Cualquiera otro se habría marchado.

—Tu padre pagó por mis servicios hasta el día de mi muerte. Es suficiente para que incluso mis nietos puedan vivir de forma holgada. —Sus palabras estaban cargadas de desazón, Quiazz sabía que la conversación le incomodaba—. Siempre le fui leal a Zaraen, y ahora lo seré hacia ti. Y no te llamaré señor, tal como me has pedido.

Quiazz no soportaría que lo tratara con tanta formalidad. Reparó de nuevo en el papel que le había traído y que estaba muy arrugado. Era una lista de nombres, de los cuales quince estaban tachados. Cada uno tenía anotaciones especificando edad y si esa persona había desaparecido o muerto. Quiazz sintió escalofríos al comprobar que la mayoría eran niños de no más de diez años. El nombre que quedaba llamó su atención:

—Oxa —leyó en voz baja, y se le antojó un nombre extraño.

—Encontré esta hoja entre las pertenencias de tu padre. —El mayordomo recogió la bandeja vacía y enderezó la espalda—. Pensé que debía guardarla. Detrás verás la razón.

Quiazz le dio la vuelta al papel. Leyó las líneas escritas con el inconfundible trazo de su padre. Se puso en pie de inmediato. Era una breve descripción, supuso que de la tal Oxa: ojos verdes, cabello negro y ondulado. Indicaba que era una posible bastarda Nel. A continuación, se detallaba lo siguiente: las chozas del río, una casa de ladrillos rojos.

El corazón de Quiazz comenzó a latir a un ritmo frenético. ¿Su padre había estado buscando a hijos bastardos de su familia? Y en tal caso, ¿sería Oxa hija de Zaraen?

Decidió no demorar la búsqueda. Agradecía cualquier distracción que lo alejara de aquella casa silenciosa y que mantuviese sus pensamientos a raya. Salió de la ciudad al caer la tarde. Nunca había estado en las chozas que se levantaban a escasos metros de la ribera del Hicama. Era un barrizal que reunía a todos aquellos que no tenían cabida dentro de las murallas. Siempre había contemplado aquel sitio desde la distancia. Las casas, entre las cuales no reinaba ninguna armonía que respondiera a un orden estético como en la ciudad, se repartían en callejuelas estrechas y laberínticas.

Caminó cerca del río sin importarle que se le llenaran las botas de barro. Algunas barcazas se mecían con la corriente del Hicama, entre juncos y maleza que debía esconder más de una alimaña. Los niños correteaban por las calles desparejas, la mayoría sin zapatos. Allí el terreno se asentaba, aunque supuso que en épocas de lluvia el agua correría formando pequeños afluentes hacia el río. Según avanzaba, su inquietud crecía. No sabía por qué su padre tenía aquella lista de nombres, ni si los tachados, habían muerto o desaparecido por azar o por la mano de alguien. La familia Nel era despiadada, no le sorprendería averiguar que se había dedicado a acabar con sus hijos ilegítimos. ¿Quizá su padre los estuvo buscando para protegerlos? Tenía que averiguarlo.

Se dio la vuelta para contemplar Marial-Pat desde allí. Las puertas que concedían el paso a los barcos estaban cerradas, de modo que muchos navíos habían quedado anclados en el Hicama a la espera del nuevo día. La ciudad parecía hecha de oro bajo la luz del atardecer, y las dos torres y el puente se alzaban majestuosas sobre el intrincado recorrido en varios niveles de la ciudad. Le pareció mucho más impresionante que la primera vez que la contempló. De eso hacía ya mucho tiempo.

Encontró a un grupo de hombres que seguían pescando, algunos metidos en el agua hasta la cintura. Les preguntó si conocían a una chica llamada Oxa y les dio la breve descripción de la casa. Todos negaron rápidamente, y Quiazz siguió adelante. En algunas zonas olía muy mal, a pescado podrido. Pasó cerca de un grupo de ancianos que reían mientras jugaban a las cartas. Estaban delgados y la mayoría tenía tan pocos dientes que no podrían morder ni un trozo de pan. Por un momento recordó a los comerciantes que lo habían acompañado durante parte de su camino. Ellos lo miraron de vuelta.

—¿Te has perdido, chico? Tu ropa parece demasiado cara para pertenecer a este sitio —dijo uno de ellos, y arrancó las risas de los demás.

—Busco a una chica que podría ser familiar mío. Se llama Oxa y, si estoy en lo cierto, debe parecerse un poco a mí —explicó Quiazz mientras ojeaba las cartas—. Tenéis una buena partida.

Todos asintieron y lo animaron a acercarse. Siguieron jugando, ignorando su presencia. Quiazz se fijó en el movimiento de cartas y sonrió al recordar de nuevo a los comerciantes. Los extrañaba, en especial a la familia Bac.

—Oxa tiene un genio de mil demonios, y además su madre murió hace un par de semanas. Desconozco tus intenciones, pero ándate con ojo. Supongo que debe seguir en la casa, con su hermano —le informó el mismo anciano—. Dos calles a la izquierda.

Quiazz le dio las gracias y se marchó de inmediato. No tardó en localizar el lugar, había un grupo de soldados reunidos en la

puerta. Oyó a lo lejos el inconfundible silbato de los guardias de la ciudad, y aquellos que custodiaban la casa salieron corriendo. Tuvo un terrible presentimiento. Decidió seguir él también el ruido de los silbidos, pero enseguida se perdió entre las calles. Aquel lugar era un laberinto. Entonces vio una sombra moverse rápida y, al alzar la vista, encontró a un chico cubierto por una capa raída. Saltó de un tejado a otro y luego se lanzó al suelo. Rodó un instante al aterrizar y se puso en pie con agilidad, a pocos metros de Quiazz.

Sin pensarlo siquiera, este lo agarró del brazo con firmeza cuando pasó por su lado, y en ese momento la capucha le cayó hacia atrás para revelar unas facciones que no pertenecían para nada a las de un chico. Quiazz se quedó perplejo al ver su rostro, tan similar al suyo. El parecido físico entre ellos era innegable. No tuvo dudas: la chica que tenía ante él solo podía ser Oxa.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Ella le dio un manotazo—. ¡Suéltame, tarugo!

Los soldados se aproximaban a ellos y Quiazz sintió la imperiosa necesidad de salir corriendo. Obedeció a su instinto, con la chica agarrada del brazo.

—¿Eres sordo? ¡Suéltame! —Ella intentó zafarse con un tirón. —¡Cállate y corre! —ordenó él.

Quiazz la arrastró en su carrera por las callejuelas estrechas y caóticas del suburbio. Se sorprendió al ver que algunos vecinos arrojaban objetos por las ventanas después de que ellos pasaran para que los soldados tropezasen. Finalmente, llegaron a un estrechamiento imposible de cruzar.

—¡Por aquí! —La chica señaló hacia una casa.

La puerta estaba abierta, de modo que entraron sin llamar; cruzaron la única estancia que conformaba la vivienda y salieron por la puerta trasera. Ella lo condujo en dirección al río.

Un soldado les salió al paso, Quiazz lo embistió y ambos rodaron por el suelo. La chica le dio una patada en la cabeza con tanta fuerza que el hombre se quedó paralizado, con las manos

protegiéndose la nuca. Luego, ayudó a Quiazz a ponerse en pie. El sol los cegaba con la última luz que daba paso al anochecer. Oyeron otro silbido y la chica se detuvo para señalar hacia el cañaveral del Hicama. Quiazz comprendió al instante sus intenciones, de modo que, tras cerrar los ojos un momento, la agarró de nuevo y echaron a correr. Saltaron y se sumergieron en el agua. Tras salir a la superficie, cogieron aire y nadaron hasta un terreno blanduzco rodeado por cañas, donde se agacharon y trataron de recuperar el aliento. A Quiazz le sorprendió haber sido capaz de seguir el ritmo de ella.

—Estás loco —le susurró Oxa.

Sí, desde luego, debía estarlo, no lo iba a negar. Estaba empapado y lleno de barro. Los soldados daban vueltas alrededor de las casas, entraban en ellas a la fuerza, empujaban a la gente y rompían las puertas que encontraban cerradas. A Quiazz no le pareció normal que aquellos hombres actuaran con semejante fuerza bruta. No tardaron en marcharse, tras comprobar que la chica no estaba allí.

—Son unos mal nacidos, todos ellos. Ojalá que se cubran de garrapatas y se mueran de fiebre. —Ella se sentó con las piernas cruzadas y comenzó a escurrirse el cabello corto—. Esperaremos hasta que sea de noche, por si acaso.

—Supongo que no tengo opción —se resignó Quiazz.

—¿Se puede saber por qué has huido conmigo? —Ella lo miró fijamente con el ceño fruncido—. Espero que no te hayas enamorado de mí.

—No digas estupideces —contestó sin poder evitar que se le escapara una sonrisa—. ¿Qué has hecho para que te busquen con tanta insistencia?

—¿Y a ti qué cojones te importa? Esos tragarratas... —masculló entre dientes. Luego, miró la mano de Quiazz y lanzó un largo suspiro—. Timé a su capitán en un juego de cartas, y el muy cretino se dio cuenta. A mí madre se le daba mucho mejor eso de engañar a los soldados.

Quiazz aprovechó el momento para observarla. Espesas pestañas rodeaban sus ojos grandes y verdes. Unas pocas pecas se repartían por la fina nariz.

—Mi padre tenía tu nombre y el lugar donde vives anotados en un papel —dijo él a modo de explicación—. Vine a buscarte porque sentí mucha curiosidad. Supongo que nunca lo conociste; él ya está muerto pero...

—Las chozas están llenas de bastardos —soltó ella como única verdad.

Oyeron un chapoteo y las cañas comenzaron a moverse, emitiendo un sonido hueco cuando chocaban las unas con las otras. La cara de un niño pequeño asomó entre ellas. Oxa se apresuró a abrazarlo y ambos sonrieron. Debía tener ocho o nueve ágaras, y no se parecía a la chica en nada.

—Es mi hermano pequeño. —Negó con la cabeza mientras lo inspeccionaba—. Estás empapado, deberías haberte quedado escondido. —El niño abrió la palma de la mano, dibujó un círculo en ella con la otra y luego la cerró en un puño—. Dice que ya no hay soldados. Podemos salir.

Quiazz se sintió aliviado al dejar atrás el cañaveral. Sus ropas apestaban a tripas de pescado y estaban cubiertas de cieno. Oxa cogió al niño de la mano y se volvió hacia él con desconfianza.

—Hace dos ágaras alguien que se parecía mucho a ti vino a mi casa. Yo me quedé escondida por orden de mi madre, y pude oír que el hombre quería saber quién era mi padre —relató la chica—. Mi madre no se lo dijo. Ni a él ni a mí. ¿Tú también quieres saberlo?

—Me basta con mirarte para saber que estamos emparentados —admitió él.

—Pues me importa una mierda. Si temes que un día te busque para pedirte dinero, quédate tranquilo, porque no tengo ninguna intención de hacerlo. No quiero nada de gentuza que va dejando bastardos repartidos por el mundo. —Había mucho resentimiento en su voz—. Así que ya puedes volver a tu casa a darte un baño de espuma.

Se marchó y dejó a Quiazz sin palabras; ni siquiera le dio la oportunidad de explicarse y quizá fuera mejor así: en realidad, el joven tampoco tenía claro qué quería de ella. Se preguntaba el motivo por el que Zaraen la había buscado. Su padre fue muchas cosas, pero jamás habría abandonado a un hijo. Solo cabía esperar que quisiera proteger a aquellos niños ilegítimos de los Nel. Que tantos hubieran muerto o desaparecido no podía ser simple casualidad.

Llegar hasta su casa le supuso un gran esfuerzo; la carrera junto a Oxa lo había dejado agotado. Tuvo tiempo para pensar en lo ocurrido, en la gente que vivía en las chozas, en todos aquellos niños descalzos. Se preguntó si cenarían esa noche, si tendrían dónde dormir. Se estremeció.

Entró en su hogar con las ropas mojadas y el ánimo apagado. El mayordomo acudió a su encuentro. Parecía nervioso. Fue en busca de una toalla y volvió con la misma inquietud en sus ojos cansados. La bandeja con una cena ya fría seguía sobre la mesa. Quiazz fue hacia allí mientras se secaba con la toalla mullida. Miró al mayordomo y lo animó a hablar con una leve inclinación de cabeza.

—Esta tarde han encontrado al juez Asla ahorcado en su casa. —La noticia obligó a Quiazz a sentarse—. Fue su mujer quien lo descubrió y alertó a los soldados.

—¿Y el testamento de mi padre? —preguntó con un hilo de voz.

—Ha desaparecido.

Quiazz se pasó las manos por el rostro. El juez Asla custodiaba el testamento de Zaraen. ¿Estaban los Nel detrás de su muerte? Dudaba que hubiera sido un suicidio. La familia de Zaraen era terrible.

—Hay algo que no te dije, joven Quiazz. Tu padre me pidió mantenerlo en secreto hasta el último momento. —El anciano se acercó un poco a él—. Cuando los Nel intenten reclamar la herencia

de Zaraen se llevarán una gran desilusión: no encontrarán nada. El testamento solo era una treta para engañarlos. Tu padre no tenía ninguna posesión el día que se marchó contigo de la ciudad. Pasó semanas preparándolo todo.

—¿De qué hablas? ¿Y esta casa entonces? —Quiazz se mostró incrédulo.

—Es tuya. Zaraen puso todo lo que tenía a tu nombre. Cuando os marchasteis él ya no poseía nada y, en cambio, tú acababas de obtener un gran legado.

El joven negó con la cabeza varias veces, incapaz de creerlo. Se sintió furioso de pronto. Eso era lo último que necesitaba. Ahora tendría que lidiar con los Nel, porque no iban a conformarse con la situación. De eso no tenía dudas.